

Sharon M. Draper

FUERA de mí



Out of my mind
Best Seller de New York Times





FUERA de mí

Esta joven no puede moverse ni hablar, pero es excepcionalmente inteligente y tiene

memoria fotográfica. La frustración por su discapacidad y el poder de su mente están tan bien logrados que te harán sentir como si estuvieras viviendo su vida.

John Green, autor de **Bajo la misma estrella**

Melody es la más inteligente de toda la escuela... pero nadie lo sabe. Su memoria y

capacidad son increíbles. La mayoría de la gente –maestros y médicos incluidos– cree que es medio retardada, y asiste a un aula especial donde le repiten el abecedario una y otra vez. Si pudiera contarles a todos lo que piensa y lo que sabe... Pero eso es imposible, porque Melody no puede hablar ni caminar ni escribir... ni casi nada. Fuera de mí habla de una vida extraordinaria, plena de curiosidad y perseverancia. Una historia de superación que

demuestra lo que somos capaces de hacer por el solo hecho de tener la dignidad de ser

humanos.

Sharon M. Draper

FUERA
de mí





A mi hija Wendy Michelle Draper, con amor.

Agradecimientos

Con profundo aprecio, me gustaría darles las gracias a todos los seres maravillosos que

dedican su vida a los niños con necesidades especiales.

Quisiera demostrarles mi especial gratitud a los pacientes y aplicados asistentes de las

instalaciones de Echoing Lake, de la residencia The Renouard, del Centro Lucy Idol, del

Campamento Cheerful, de Stepping Stones, del Campamento Allyn y de las escuelas Bobbie

Fairfax y Roselawn Condon (un agradecimiento adicional para Daphne Robinson).

¡Gracias a mi amiga Karen Brantley, que posee una profunda comprensión de todo este

tema!

Y un agradecimiento especial a mi editora Caitlyn Dlouhy por su capacidad y visión

increíbles y su famoso bolígrafo verde de edición.

Capítulo 1

Palabras.

Estoy rodeada de miles de palabras. Tal vez, millones.

Catedral. Mayonesa. Naranja.

Mississippi. Napolitano. Hipopótamo.

Sedoso. Terrorífico. Iridiscente.

Cosquilleo. Estornudo. Deseo. Preocupación.

Las palabras siempre se arremolinaron a mi alrededor como copos de nieve. Frágiles y distintas, se derretían intactas entre mis manos.

En lo más profundo de mi ser, las palabras se amontonan en montañas enormes

formando frases, ideas conectadas entre sí, expresiones inteligentes, bromas y canciones de amor.

Desde muy pequeña –debía tener unos pocos meses de edad–, las palabras fueron obsequios dulces y líquidos que bebía como si se tratara de limonada. Casi podía saborearlas.

Le daban sustancia al desorden en que se movían mis pensamientos y sentimientos. Mis padres siempre me rodearon de conversaciones: charlaban, murmuraban, verbalizaban y vocalizaban. Papá me cantaba y mamá me susurraba sus palabras de aliento al oído.

Y yo absorbía y recordaba todas esas palabras que me decían cuando se dirigían a mí o hablaban acerca de mí. Una por una.

No tengo idea de cómo desentrañé el complicado proceso de la formación de las palabras y

del pensamiento, pero ocurrió rápida y naturalmente. Para cuando tuve dos años, todos mis recuerdos poseían palabras y todas mis palabras tenían significado.

Pero solo dentro de mi cabeza.

Tengo casi once años y nunca pronuncié una sola palabra.

Capítulo 2

No puedo hablar, no puedo caminar, no puedo alimentarme ni ir al baño por mis propios

medios. Un plomo.

A pesar de la rigidez de mis manos y de mis brazos, puedo aplastar los botones del control remoto del televisor y mover la silla de ruedas con la ayuda de unas perillas. Sin embargo, no puedo sostener una cuchara o un lápiz sin que se me caigan y mi equilibrio es nulo: Humpty Dumpty tiene más dominio del cuerpo que yo.

Cuando las personas me miran, supongo que ven a una chica de cabello oscuro, corto y rizado, amarrada a una silla de ruedas color rosa. Por cierto, el hecho de que la silla sea rosa no tiene nada de simpático: el color no cambia nada.

Podrían ver a una niña con ojos oscuros llenos de curiosidad, si no fuera porque uno de ellos está ligeramente torcido.

Su cabeza se bambolea levemente.

Y, a veces, se babea.

Es realmente diminuta para tener diez años y nueve meses.

Tiene piernas muy delgadas, probablemente porque nunca las usó.

Su cuerpo tiende a moverse descontroladamente y, algunas veces, en forma inesperada, los pies lanzan patadas y los brazos se agitan y le pegan a lo que se encuentre cerca: una pila de CDs, un tazón de sopa, un florero.

En verdad, no tiene mucho dominio de sus miembros.

Quizás, una vez que las personas hayan terminado la lista de todos mis problemas, se tomen un instante para notar que tengo una sonrisa razonablemente bonita y hoyuelos profundos. Creo que mis hoyuelos no están nada mal. También llevo aretes de oro.

A veces, la gente ni siquiera me pregunta el nombre, como si no fuera algo importante.

Pero lo es. Me llamo Melody.

Tengo recuerdos de cuando era muy, muy pequeña. Claro que es difícil separar los recuerdos reales de los videos que papá grabó con su cámara, pues los he mirado millones de veces.

Mamá trayéndome a casa desde el hospital. Tiene el rostro sonriente pero los ojos entrecerrados de preocupación.

Estoy acurrucada en una bañera pequeñita para bebés, los brazos y las piernas muy delgados. No salpicaba ni pateaba.

Rodeada de mantas en el sofá de la sala con una expresión de alegría en el rostro. Mamá

jura que, cuando yo era bebé, lloraba muy poco.

Mamá pasándome loción después del baño (todavía puedo sentir el aroma a lavanda) y luego envolviéndome en una toalla suavcita con capucha.

Papá me grababa mientras me alimentaban, me cambiaban e incluso mientras dormía. Al

ir creciendo, imagino que esperaba que me diera vuelta, me incorporara y caminara. Sin embargo, nunca lo hice.

Pero sí absorbía todo lo que me rodeaba. Comencé a reconocer ruidos, olores y sabores. El silbido de la caldera al arrancar cada mañana; el olor penetrante y amargo del polvo mientras la casa se calentaba; la sensación de estar a punto de estornudar.

Y la música. Las canciones flotaban a través de mi cuerpo y permanecían dentro de mí.

Dormía rodeada de canciones de cuna y de los suaves aromas que había a la hora de ir a la cama. Los acordes me hacían sonreír. Es como si siempre hubiera existido una colorida banda de sonido otorgándole música de fondo a mi vida. Cuando suena una canción, siento como si oyera colores y oliera imágenes.

Mamá adora la música clásica. Durante todo el día, suenan las sinfonías de Beethoven a todo volumen en su equipo de sonido. Al escucharlas, esas piezas siempre me parecen de un azul brillante y huelen a pintura fresca.

A papá le gusta el jazz y, cada vez que puede, me guiña el ojo, saca el disco de Mozart de mamá y pone un CD de Miles Davis o Woody Herman. Para mí, el jazz es color café tostado y huele a tierra mojada. A mamá la vuelve loca, lo cual podría explicar por qué papá escucha esa música todo el día.

–El jazz me da escozor –dice con el ceño fruncido mientras la música estalla dentro de la cocina.

Papá se dirige hacia ella, le rasca suavemente los brazos y la espalda, y luego la envuelve en un abrazo. Entonces ella deja de fruncir el ceño. Pero, apenas papá abandona la habitación, mamá vuelve a poner música clásica.

Por alguna razón, siempre amé la música country: el rasgueo de guitarra fuerte y nítido, la música que habla del corazón herido. Huele a limón: no es ácida sino dulce como el azúcar, y levemente amarga. ¡Como el glaseado de un pastel de limón y como la limonada fresca! ¡Puro limón! Me encanta.

Cuando era muy pequeña, tengo el recuerdo de estar sentada en la cocina mientras mamá me daba el desayuno y, de

la radio, brotaba una canción que me hacía chillar de alegría.

So I'm singin'

Elvira, Elvira

My heart's on fire, Elvira

Giddy up oom poppa oom poppa mow mow

Giddy up oom poppa oom poppa mow mow

Heigh-ho Silver, away

¿Cómo es que todavía me acuerdo de la letra y del ritmo de esa canción? No tengo idea.

Debió haberse filtrado en mi memoria de alguna forma... tal vez desde un programa de radio

o televisión. Fuera como fuese, prácticamente me caía de la silla. El rostro arrugado, me sacudía y me retorció mientras intentaba señalar la radio pues quería escuchar la canción otra vez. Pero mamá se quedaba mirándome como si estuviera chiflada.

¿Cómo podía entender que yo adoraba la canción *Elvira* cantada por los Oak Ridge Boys cuando yo misma apenas la entendía? Me resultaba imposible explicarle que, al escucharla, podía oler rodajas frescas de limón y ver notas musicales con tonalidades cítricas en mi mente.

Si tuviera un pincel... ¡guau! ¡Podría hacer un cuadro increíble!

Pero mamá solo atinaba a mover la cabeza y continuaba llenándome la boca con puré de

manzana. Hay tanto que desconoce de mí.

Pienso que es algo bueno recordar todo, ser capaz de guardar cada instante de mi vida dentro de la cabeza. Pero también es muy frustrante: es algo que permanece allí dentro para siempre y no puedo compartirlo con nadie.

Recuerdo tonterías, como la sensación de tener una bola de avena pegada en el paladar o

el sabor de la pasta dental en la boca.

Un recuerdo persistente es el aroma a café en las mañanas, unido al olor a tocino y al parloteo incesante de fondo, de los locutores de los noticieros matutinos.

Sin embargo, lo que más recuerdo son las palabras. Muy pronto descubrí que en el mundo

existían millones de palabras. Todos los que me rodeaban podían proferirlas sin ningún esfuerzo.

Los vendedores de la televisión: *¡Compre una y reciba dos por el mismo precio! Es una oferta por tiempo limitado.*

El cartero en la puerta de calle: *Buenos días, señora Brooks. ¿Cómo está la beba?*

El coro de la iglesia: *Aleluya, aleluya.*

El cajero de la tienda: *Gracias por venir.*

Todos utilizan palabras para expresarse excepto yo. Y estoy segura de que la mayoría de las personas no se dan cuenta del poder que poseen las palabras. Pero yo sí.

Los pensamientos necesitan de las palabras y las palabras necesitan de la voz.

Me encanta cómo huele el pelo de mi madre cuando está recién lavado. Y la piel áspera del rostro de mi padre con barba de varios días.

Pero nunca pude decirles a ellos lo que siento.

Capítulo 3

Creo que fui descubriendo que era distinta en forma gradual. Como nunca tuve problemas para pensar o recordar, me resultaba sorprendente que hubiera cosas que no pudiera hacer. Y eso me enojaba mucho.

Cuando tenía menos de un año, mi padre me trajo un gatito de peluche. Era blanco y suave y tenía el tamaño justo para mis deditos regordetes. Estaba sentada en el piso en una de esas sillitas para bebés, amarrada y segura mientras examinaba mi mundo conformado por una alfombra verde de felpa y un sofá haciendo juego. Mamá colocó el muñeco en mis manos y yo sonreí.

–Melody, papi te trajo un “*minino morrongo*” –exclamó con ese tono agudo que los adultos utilizan con los niños.

Bueno, ¿qué es un “*minino morrongo*”? Como si no fuera suficientemente difícil entender los términos reales, ¡también tenía que descifrar el significado de palabras inventadas!

Pero me fascinó la tersura fresca del pelaje del gatito. Luego se cayó al suelo y fue papá quien lo volvió a colocar en mis manos. Yo realmente deseaba sujetarlo y abrazarlo pero volvió a caerse. Recuerdo que me enojé y me largué a llorar.

–Prueba otra vez, cariño –dijo papá con palabras teñidas de tristeza–. Puedes hacerlo –y

pusieron de nuevo el gatito en mis manos. Pero cada vez que lo hacían, mis dedos no podían aferrarlo y volvía a deslizarse hacia la alfombra.

Yo también me caí varias veces en esa alfombra; pienso que esa es la razón por la cual la recuerdo tan bien. Vista de cerca, era verde y fea. Imagino que esas alfombras de pelo largo ya habían pasado de moda antes de que yo naciera. Mientras yacía sobre ella esperando que alguien viniera a levantarme, tuve mucho tiempo para analizar cómo estaba tejida. Como no podía darme vuelta hasta que me rescataban, debía permanecer allí, sola e irritada sobre esa alfombra pedrada con el olor a leche de soja en la nariz.

Cuando no me ponían en la silla para bebés, mis padres me acomodaban en el suelo y me

rodeaban de almohadas. Pero al distinguir un rayo de sol que atravesaba la ventana, me daba vuelta para contemplar las motas de polvo que flotaban en él y *bum*, aterrizaba de cabeza en el suelo. Lanzaba un alarido, uno de ellos me levantaba, me calmaba e intentaba asegurarme mejor con los cojines. De todas maneras, en pocos minutos volvía a caer.

Entonces, papá hacía algo gracioso como imitar a la rana de *Plaza Sésamo* y eso me provocaba risa. Al instante, chocaba otra vez contra el piso. Yo no *quería* caerme pero no podía evitarlo: carecía por completo de equilibrio.

En ese momento, no comprendía qué me sucedía, pero papá sí. Él suspiraba y me colocaba

en sus rodillas. Me abrazaba con fuerza y levantaba el gatito –o el juguete favorito de ese momento– para que pudiera tocarlo.

Aun cuando a veces inventara su propio vocabulario, nunca me hablaba con lenguaje infantil como mamá. Siempre se dirigía a mí como si estuviera hablando con un adulto, utilizando palabras reales y suponiendo que yo lo entendería. Estaba en lo cierto.

–Mi pequeña Melody, tu vida no será fácil –decía en voz baja–. Si pudiéramos intercambiar nuestros lugares, yo lo haría sin dudarle un segundo. Lo sabes, ¿verdad?

Yo solo parpadeaba, pero captaba lo que decía. A veces, su cara estaba bañada de lágrimas.

De noche, me llevaba afuera y me hablaba al oído acerca de las estrellas, la luna y el viento nocturno.

–Las estrellas están montando un espectáculo solamente para ti, mi amor –comentaba–.

¡Observa ese increíble despliegue de brillo! ¿Sientes el viento? Está tratando de hacerte cosquillas en los pies.

Y durante el día, a menudo me quitaba todas esas mantas con que mi madre insistía en envolverme y permitía que sintiera la tibieza del sol en el rostro y en las piernas.

Había colocado un comedero para pájaros en el porche y nos sentábamos juntos afuera mientras los pájaros pasaban a toda velocidad y tomaban una semilla por vez.

–El rojo es un cardenal –explicaba–, y aquel es un azulejo. No se llevan muy bien –

señalaba riendo por lo bajo.

Lo que papá más hacía era cantarme. Tiene una voz clara que parece hecha para canciones